

## Albacete: la gran desconocida

**H**ay provincias que nacen y ya desde la antigüedad dejan señales de un afán de agrandarse, de una gran inquietud de perpetuar su historia, sus pasajes más gloriosos, a la vez que sus urbes se dan a la mirada del visitante con diverso esplendor, según sean sus brillos. En ese estado se ha ido adaptando a la demanda de cualquier época que le ha tocado vivir, hasta alcanzar la modernidad de hoy, la nuestra de Albacete.

Lo inequívoco es que Albacete ha sabido amar y cuidar lo grande y lo pequeño, hasta convertirse en un permanente caudal de ofertas, donde el ocio, la tradición y la cultura poseen hoy factores singularmente representativos. Muy al contrario de permanecer en la quietud, cerradamente, bien en los espacios sin término de su llanura, bien ceñida por el cingulo frondoso y batiente de las especies arbóreas de sus sierras, se ha encomendado a ese espíritu avivador que el hombre necesita construir para su evolución terrena. El albacetense de hoy se siente heredero de una estirpe de hidalgos, doctos en artes y letras, campesinos y avezados luchadores que hicieron frente a visigodos, musulmanes y franceses, de adelantados artesanos que supieron vender el producto de su esfuerzo tremendo.

Pero ha venido y viene ocurriendo que, aunque las tierras y caminos de Albacete son vía y aun parada obligada del alma viajera hacia el levante, ha pasado y pasa por allí contemplando una paisaje desparramado e interminable de tierras pardas, viñedos, trigales brilladores, pastores y rebaños al abrigo de majanos, aldeas o de ralos pinares. En esas caminatas por los llanos albacetenses, bien por vía férrea bien por carretera, el alma se ha ido embriagando de una sola emoción, ha aprendido a mirar y a darse cuenta únicamente de los encantos y fenómenos que solo allí el sol produce llenando de grandilocuencia plomiza el campo abierto. No llegaron a ver otros tesoros; no supieron la eterna grandeza que encierra su armoniosa serranía. Y el tiempo iba al paso, en su avance continuo, y el viajero carecía de curiosidad, seguía presenciando lo que sobrevive a su sanción: se limitaba a esgrimir una idea parcial de la provincia, a dejar constancia de su impresión sobre una anchura, cuyas líneas eran trazadas en tierras de secano. Sin quererlo, involuntariamente y por desconocimiento, hay que decirlo: seguía cercenando la realidad de la provincia albacetense.

Por sus rasgos geomorfológicos, Albacete ofrece al visitante (con ser mucho) algo más que llanura. Las sierras de Alcaraz y del Segura constituyen prestancias emblemáticas, dan notas elevadísimas de conservación del medio natural. Otorga gran pasión visitar los municipios de sus enclaves. En medio de aquellos paraísos es posible delatar absolutamente el espejismo y salvar, de algún modo, cuanto se mira. Un simple vistazo a Internet es ahora suficiente para obtener información fehaciente, por ejemplo, de las Vías Verdes<sup>1</sup> de la Sierra de Alcaraz y La Manchuela. La Vía Verde de la Sierra de Alcaraz alcanza una longitud de 106 Km. y serpea por los municipios de Albacete, La Herrera, Balazote, Casas de Lázaro, Robledo, Vianos, Salobre, Villapalacios, Bienservida y Alcaraz: un itinerario para el ensueño a considerar de auténtico prodigio medioambiental. En cuanto a la Vía Verde de La Manchuela, discurre a lo largo de 81 Km., entre Albacete, Valdeganga, Mahora, Golosalvo, Fuentealbilla, Casas Ibáñez y Villamalea. El trayecto desde Albacete capital hasta desembocar en las aguas quietas o veloces del río Gabriel, permite al viajero descubrir la luz espléndida que revela destellos del sol de La Manchuela albacetense, cruzando viaductos, pasos elevados y túneles.

Nadie a estas alturas debe ignorar la oferta de turismo rural que pone al servicio de la ciudadanía interesada la provincia de Albacete, porque se trata de una gran y única verdad. En este sentido, nos interesan poblaciones como

Alcalá del Júcar, Alcaraz, Almansa, Ayna, Bogarra, Caudete, Chinchilla, Elche de la Sierra, Hellín, Jorquera, Liétor, Letur, Lezuza, Nerpio, La Roda, Riopar, Tarazona de la Mancha, Tobarra, Villarrobledo y Yeste, donde la heterogeneidad paisajística, cultural, histórico-artística, arquitectónica y culinaria de las comarcas y municipios reseñados, proyecta un innegable aliciente a los ojos del visitante, que habrán de arrastrar necesariamente lo cercano para que perdure ya siempre en sus retinas.

Tampoco hay que desconocer las rutas del Gótico, Renacentista, de los Castillos y de Don Quijote. Todas y cada una convergen, aun siendo distintas, en un atractivo ideal. Joyas del gótico son la iglesia parroquial de Santa María (siglo XVI) de Letur; la parroquia de la Asunción (siglo XVI), la ermita de Santiago y el Ayuntamiento de Yeste. De la ruta Renacentista destacamos enteramente la villa de Alcaraz, en particular los conjuntos de su Plaza Mayor, las lonjas del Corregidor y del Ahorí, el Ayuntamiento y la Casa de la Carnicería, edificaciones del siglo XVI. La ruta de los Castillos parte de Albacete en dirección a Jaén hasta llegar a las fortalezas de Alcaraz y Riopar, para continuar hasta Elche de la Sierra y regreso a la capital por Ayna y Peñas de San Pedro, o dirigirse hacia Yeste y Nerpio y de nuevo retornar por Socovos. Otra ruta no menos notable se encuentra dirección Valencia. Desviándonos en Mahora hacia Jorquera, llegaremos a Alcalá del Júcar y Villa de Ves, siguiendo las aguas calmosas del trazado curvo del Júcar. Por nada deben dejarse de admirar los venerables castillos de Chinchilla y Almansa. Para dar con las huellas indelebles de Don Quijote en la provincia de Albacete, hay que iniciar la andadura (discúlpeseme el temple localista) en La Roda, continuando en dirección al campo de Montiel, pasando por Munera, Ossa de Montiel y la Cueva de Montesinos.

Resulta fortalecedor el hecho de comprobar que la generaciones actuales están aprendiendo a mirar desde otras perspectivas el ambicioso proyecto albacetense. Durante el mes de agosto de 2.002 desfilaron por las oficinas de turismo de la capital cerca de 2.000 veraneantes, de los cuales cerca de 200 eran extranjeros. Estos datos registrados invitan al optimismo cara al tiempo venidero.

La provincia de Albacete sigue cuidando y acomodando sus potenciales y sus infraestructuras con el único e invariable deseo de consolidarse como vivo ejemplo de equilibrio y crecimiento gradual, donde los servicios de atención al ciudadano y el sector turístico sean capaces de proporcionar una estancia apacible y cómoda para los visitantes. Es ya hora de acabar con la condena del desconocimiento fragmentario de que ha sido y es objeto la provincia castellano-manchega, cuya capital es el núcleo urbano con mayor número de habitantes de la región y uno de los veinte más poblados de España.

El viajero que nos visite debe mirar algo más que la llanura y saber que Albacete no sólo es su Feria de Septiembre (donde adquirir las mejores navajas que se fabrican hoy en el mundo o presenciar acontecimientos taurinos de tradicional celebridad), a la que acuden a juerguar cientos de vecinos regionales, mayoritariamente de Murcia, Valencia y Andalucía. El secreto radicará en descubrir la variación de formas, paisaje, arte y otros recursos propios de expresión que ofrece la provincia toda: sólo así se podrá contemplar su más verdadera imagen.

Ojalá muy pronto el esfuerzo que debemos reconocerle a las instituciones albacetenses, tendente a mudar totalmente el rumbo de la suerte de la provincia frente al visitante, cale profundamente en la sensibilidad de las almas de los adeptos y amantes del turismo de nuestro tiempo, para que la provincia de Albacete sea tenida en cuenta a la altura que, por sus indudables atractivos, le corresponde y, en cierto modo, deje de ser la gran desconocida para muchos.

Manuel Cortijo

<sup>1</sup> Acondicionamiento de antiguos trazados ferroviarios que por encontrarse bien en desuso o que nunca se llegaron a utilizar, hoy son itinerarios para cicloturismo y senderismo.